

ARANZAZU

«Ama Aranzazu koa salva gaituzu»

Una escueta razón de familia me llevó a Cestona cuando el verano moría y el sol comenzaba a ser caricia. Acurrucado entre montañas, a la vez dulces y bravas, se agolpa en la colina el casco viejo de la villa. Debajo ha crecido otra población moderna de hoteles confortables, lujosos, en una sonriente cinta de flores y verjas que se desliza hacia el balneario. El panorama es corto. La vegetación se impone con la monocromía de sus verdes, a la tierra y a la piedra. Un pintor se volvería loco para captar tanta tonalidad de un mismo color. Junto a las enormes masas de arbolado destacan en las laderas blanquísimos caseríos incrustados en hierba fina.

La villa, vista objetivamente, no es un lugar de sorpresas. Se llega a Cestona sabiendo una cosa, un tópico de estructura vulgar: sus aguas medicinales que le han dado nombre. De año en año se multiplica la pimpante colonia veraniega que llega a tomar el «saboroso caldico» del manantial, o para pasarlo agradablemente y descansar de las jornadas de trabajo. Por eso Cestona puede sonar a mero «slogan» comercial. Hoy, cuando los tópicos están tan desautorizados, si visitáis la villa podréis comprobar que Cestona, aparte el paisaje y sus aguas, es pintoresca y llena de carácter por sus cuatro costados. Sobre todo comprobaréis que el nativo es amable y servicial, ordenado y pulcro. No me extraña que Azorín, enamorado de la villa, de la elegancia urbana, de la alta dignidad de las gentes, dijera: «Cestona produce la impresión de un modernísimo colegio de jesuítas, simétrico, limpio, brillante, pulido, iluminado...» En el sosiego amable de sus horas iguales, los días se deslizan rápidamente.

Una tarde, en una buena reunión de compañeros, entre órdagos y envites, alguno lanzó la idea de subir a Aranzazu. La iniciativa fue acogida con entusiasmo por parte de todos. Aún no se extinguieron los ecos de la algarabía provocada, iniciamos los preparativos y en marcha. El que lleváramos tres o cinco filetes en el macuto y una bota más o menos ajustada en cada pie, no hace al caso. Los lectores de PYRENAICA, y hasta los que no lo son, conocen al dedillo cuanto hace falta para emprender una excursión de este género. Me libraré muy bien de volverlo a enumerar. Todo está previsto y anudado. Con la primera lumbre del alba abandonamos Cestona siguiendo la carretera orillada del río Urola. La mañana está fresca y radiosa. El sol chispea en la mica de las peñas y en el agua del río, fingiendo un chubasco de luz. Todo parece saturado de claridad y frescor. Nuestros pasos alegres se suceden demasiado deprisa. Justamente nos hemos entrenado en el buen ritmo de la marcha, cuando el sonido de los yunques y el tañer de las campanas nos advierte la proximidad de un poblado. A la vista Azpeitia, que se asienta al pie del elevado Izarraitz. Villa histórica, a su rancio abolengo medieval añade el aroma romántico de haber sido «la niña mimada» del Rey Fernando IV el Emplazado, otorgándole la Carta Puebla en el año 1310. Su primitivo nombre fue «Salvatierra de Iraurgui», pero desde el siglo XV se llama tal como hoy la conocemos. Sobre todo se ufana en contar como su mejor gloria a Iñigo de Loyola. Azpeitia nos abre las puertas del valle Iraurgui, limitándolo Azcoitia por el Noroeste, y a distancia casi igual de estas dos antiquísimas villas emerge majestuosa la Basílica de San Ignacio. El vuelo del recuerdo se remonta más allá de nuestros días, y reviven las escenas que se sucedieron en la vida de aquel heroico capitán que vio aquí la luz primera, y que después escribió páginas de oro en la historia de España y de la Iglesia. Loyola es relicario, archivo y monumento a la vez. Sus muros

guardan la casa-torre de los Loyola, que vino a dar su nombre a la comarca. Los ojos de Ignacio contemplaron muchas veces estas montañas que aprisionan el valle: Izarraitz por el Noroeste, el Aranantz por el Nordeste, el Oñazmendi por el Este y el Elosua por el Oeste. Sus cimas despobladas contrastan con sus colinas cubiertas de castaños, robles y fresnos. Todo el valle parece inundado de una alegría devota. El pico alto de la torre parroquial de Azcoitia, retando al cielo azul, preside la serena fluidez del campo eterno que reza siglos y tradición. En torno a ella aparecen diseminadas las casas de la villa como un rebaño junto a su pastor.

Caminamos ahora entre pinos que crecen hacia la altura con una rectitud ejemplar al mismo tiempo que embalsaman el contorno con un perfume rústico. El Urola, que canta en su descenso, nos guía a medida que nos movemos. Ha nacido en las alturas del monte Aizelekua y después de pasearse lentamente por Zumárraga, Villarreal de Urrechua, Azpeitia —donde se le une el Urrestilla— y Cestona, desagua en la bahía de Zumaya. El Urola no es grande ni regio, es un río sencillo. Con su paso medido y lento va fertilizando estas tierras de labrantío, tan mimadas por los caseros guipuzcoanos. Sus aguas se van deteniendo a trechos formando lagunas que los vascos han sabido aprovechar. Aunque estas tierras poseen un buen patrimonio forestal, no es suficiente y sus habitantes han sabido crear una economía industrial, donde encuentran fácil colocación para sus hijos sin necesidad de emigrar de su suelo. En común esfuerzo han logrado poner a su provincia a la cabeza de la prosperidad económica entre las más avanzadas de España. Bien merece destacarse la unanimidad, casi sincronizada, con que estas gentes sencillas se entregan a sus tareas cotidianas. Cualquier aficionado al sensacionalismo que viniere aquí a presenciar una vida espectacular se llevaría la gran decepción. No se trata de una curiosidad turística, sino de un pueblo de recia personalidad frente a ese españolismo blando que se exporta a base de claves y de panderetas. Buena prueba de ello es la villa de Zumárraga que pisamos. Uno de los principales centros de comunicación y de comercio de la provincia; industrial por sus cuatro costados. La luz del mediodía arde rabiosa en los inmensos pabellones de cemento; potentes camiones esperan al hilo de las fachadas, traqueteo de motores aquí y allá, hombres en plan de faena de un lado a otro. Las sirenas de sus fábricas entonan al espacio la canción que une y separa la gran familia de labores.

Ahora la carretera es desigual, llena de contrastes. Tan pronto la vemos perderse entre los misterios del bosque como alargarse indefinidamente bajo el sol. Afortunadamente hay una casa en el camino donde cambiamos algunas impresiones y recobramos fuerzas. Pero no, no estamos desanimados, seguimos zapateando con gesto despejado y feliz hasta postrarnos a los pies de la Patrona de Guipúzcoa. Tras una ascensión suave, bien calculada, ganamos la altura. Entonces la carretera es un imponente balcón asomándose a un valle delicioso, todo serenidad y armonía, engranado en los pétreos goznes del gigantesco Aloña. Al fondo, en el regazo de la cumbre silenciosa, aparece adormecida la villa de Oñate. Nos deslizamos optimistas por la rampa que desciende hasta la villa.

¡Oñate!, hidalga villa, con su vetusta Universidad nada menos, y sus casonas llenas de estirpe antigua y señorial. Entre ellas la mansión de una hermana de San Ignacio de Loyola. Escudos en noble piedra, portales enormes para penetrar a caballo en los espaciosos zaguanes. En tanto, como ocurre en todos estos pueblos, cualquier calle, cualquier encrucijada, nos lleva al mismo lugar: a la plaza. La de Oñate es amplia, iluminada, con pretensiones de capital de provincia. En un ángulo, imponiendo dignidad y respeto, aparece el templo parroquial de sillares sombreados. Aquí, por supuesto, tiene lugar la limpia y bonita exhibición del «zortziko» y la «ezpatadanza», cuando estos vascongados netos se meten en jarana. El alto voltaje de su sangre, al son del «txistu», les hace vibrar en músicas y danzas que son la expresión viva del alma vasca. Oñate no es mero escaparate para el turista, sino mojón histórico que duerme al abrigo de un pasado ilustre. Sin querer, brotan las evocaciones sugestivas en esta hidalga villa, pero sigamos nuestro camino.

Es la última jornada de nuestro viaje. Desde el fondo del valle, la carretera arremete sierra arriba a encontrar el Santuario. Es todo un repecho empinado, casi vericuetos. Respirando a pleno pulmón y bordeando precipicios salvamos la primera altura. De tiempo en tiempo las seducciones del paisaje se llevan nuestra mirada. Por fin la cuneta aparece jalonada de capillitas que ostentan los misterios del Rosario. El detalle nos advierte la proximidad del Santuario. El paisaje se va haciendo más solemne. Estas montañas imponentes de Guipúzcoa adquieren ahora sublime violencia. A medida que nos vamos desplazando hacia el Sur aparecen las principales crestas en forma de cordillera. Comienza en la Sierra de Aralar, destacando el Alto de Irumugarrieta, y a continuación: Alzania, Urbía, Elguea y Arlabán. De esta cordillera principal parten multitud de ramales que cruzan la provincia en todas direcciones, descendiendo lentamente hacia la costa, pero sin perder nunca su carácter eminentemente montañoso.

Ya estamos frente al gran edificio que da cobijo a la *Señora de Aránzazu*. Es la hora mínima y dulce del atardecer. Las nubes han llorado unas lágrimas diáfanas. El cielo toma unos tintes bellísimos de color violeta. El grandioso templo está emplazado en una conjunción de arbolado y de rocas que borda un paraje de ensueño. Ningún pincel humano fue capaz de realizar estas maravillas que hizo el Creador para los ojos de sus criaturas. El escalador agradece vivamente a sus músculos el esfuerzo de la subida, que le ha deparado tamaña recompensa.

Una débil aldabada en la portería del convento despierta los ecos del caserón. Un rumor de pasos en la galería, unas pocas palabras, y ya tenemos nuestro guía. Un fraile alto, atlético, sonrisa amable, alma casi infantil; en un castellano marcadamente euskérico nos pone al tanto de todo. La tradición nos habla del suceso misterioso: Corría el año 1469. Los guipuzcoanos andaban enzarzados en un pleito de categoría. Un levisimo roce enciende a veces hogueras gigantescas de odio y de violencia. No se trataba de las diferencias normales entre los pueblos de la comarca por disfrute de hierbas, montes o canteiras; era un asunto religioso. Y la Virgen escoge aquellos días para aparecerse a un pastor. ¿Por qué esta marcada preferencia de María en aparecerse a los pastores? Como en casi todas las narraciones marianas, un sencillo pastor halló y veneró el primero la imagen de Nuestra Señora. No es difícil adivinar en estas laderas al «artzai», fuerte como un roble en su plenitud, protegido por el espaldero de «irasko», acompañado de un perro desaliñado y uraño. Se vuelve todo tan real que sobra toda imaginación.

El pastor ha escudriñado todos los rincones del monte. Ha ido trazando caminos que nadie sospecha; conoce fuentes que los demás ignoran, y sabe dónde crece la hierba más jugosa. Un día que atardecía como otro cualquiera, oye el buen pastor los toques suaves, ligeros, de una campanita. ¡Cosa extraña! La tarde está despejada... entre el cielo ancho y la tierra que pisa no hay otra cosa que ovejas hundiéndose mañosamente el hocico en la hierba fina, pero... suena de nuevo la campana misteriosa. El monte no tiene rincón inédito para el hombre que cuida ovejas. Decidido, salta de guijo en guijo. Ahora la llamada de bronce se oye más cerca; unos pasos más, hasta el rincón pedregoso y solitario. Alza los ojos el «artzai» y con una emoción rayana en el pismo, paralizados todos los medios de expresión, encuentra sobre un espino a la Virgen, blanca, brillante, luminosa. ¿Qué es esto? «¿Arantzanzu?» literalmente: «¿En el espino Tú? He aquí el origen etimológico de la advocación.

Cuando aquellos antepasados guipuzcoanos se encontraron en la sierra de Urbía aquella imagen ideal que el cielo les regalaba, saltaron de gozo. Era un milagro de Dios y un milagro de María. Tiempo les faltó para encomendar a la piedra la perennidad de su homenaje. Mas, si entonces hubo resolución para levantar, a lomo de penitencia, un trono digno de María, no ha faltado ahora el ingente esfuerzo que supone la realización del templo soñado, convirtiendo la aspiración antigua en gozosa realidad. Se trata de un templo amplio y modernísimo, recién construido. Realización tan singular que inevitablemente

produce sorpresa. La dureza de la fachada y la adustez de sus torreones hieren fuertemente la sensibilidad. Sus líneas arquitectónicas revelan el empeño nobilísimo de descubrir un estilo nuevo en las combinaciones más atrevidas y sorprendentes. Inmediatamente surgen diferenciados comentarios. No es fácil doctorar en esta cuestión, porque si por un lado resulta humanamente atendible su carácter personalísimo, también hay otras razones que pesan. Descendemos varios escaiones para entrar en el templo mientras sigue llamando nuestra atención la originalidad de la obra. Sus líneas no son rectas ni tampoco son curvas. Una luz suave y vegetal parece filtrarse por los ventanales asimétricos. Todo lo preside la Señora de Aránzazu desde su trono refulgente de platas antiguas.

A tus pies, Señora, rendimos nuestras almas, suplicando ilumines nuestro destierro con tu luz inmaculada. Aquí, en el rincón que Tú escogiste, señalando el cielo como flecha de nuestras esperanzas, enarbolada en la blancura florecida del espino como pararrayos de nuestras aberraciones, nos unimos a tus hijos de Guipúzcoa que confiesan la autenticidad de su amor a Ti.

Ahí está Ella en su sitial glorioso, en la grandiosa majestad de Urbía. Los hijos de San Francisco, graves y sencillos, le cantan salmos y le cortejan. Los pastores de Urbía se acercan al Santuario y suplican a «Andra Mari» un año próspero para sus rebaños. Pide el anciano un ocaso suave para sus días que ya declinan. La madre suplica por el hijo que tuvo que ausentarse del «txoko» amado. Tienen los guipuzcoanos muy metido en su corazón el amor a su «Ama Virgiña» que mamaron en la cuna. A los pies de la imagen bendita se postran los fieles de hoy recordando que sus abuelos también lo hicieron. Y la tradición sigue, y nuestra Señora seguirá siendo la joya más valiosa encerrada en el corazón de cada uno de estos hijos euskaldunas. Toda su fuerza indomable la rinden a los pies de su Reina. La configuración topográfica es todo un símbolo: el Santuario en lo alto de Urbía, y en todas las direcciones, siempre hacia abajo, la verde Guipúzcoa que se humilla ante su Patrona. Todos los caminos de la provincia se vuelven hacia la ermita: Cestona y Azpeitia; Elgóibar, Elorrio y Mondragón; Tolosa, Vergara y Zumárraga y Beasain y Oñate, peregrinan a Nuestra Señora de Aránzazu. Todos los mozos de esta tierra, con paso lento y seguro; sin importarles la sed, el polvo ni el duro repecho, suben todos los años a la cumbre de Urbía; no como fríos deportistas que van a batir «marcas», sino en acto de homenaje y de cariño a su «Ama Birgiña».

Ahora me doy cuenta de que la iniciativa de nuestro viaje no ha sido privada ni caprichosa, sino extraída del alma del pueblo guipuzcoano, de sus más fuertes y lozanas raíces.

Muere la tarde. Las sombras se van durmiendo en los barrancos. Poco a poco se esfuma todo aquello que parecía verdor permanente; mientras la silueta de la Basílica comienza a resaltar en la oscuridad, que lo invade todo. Cuando toda la naturaleza ha enmudecido, Aránzazu adquiere un especial tono ambiental. Es como encontrar el sosiego después de cabalgar de sensación en sensación sobre la materia. En este silencio augusto y hondo se impone la oración con las criaturas, la oración con las cosas, como lo hacía el mínimo y dulce «Poverello de Asís».

Una paz profunda penetra con la brisa, una quietud dulce embarga el alma, se ora sin palabras sintiendo a Dios muy cerca.

El esquilón que llama a los frailes para rezar sus horas nos despabila para luchar en las nuestras, menos apacibles y mucho más vacías, aunque se desborden de inquietud y de afanes. En este convento, aparentemente dormido en su soledad, entre rocas ariscas y atormentadas, estos centinelas —alertados de solicitud— van inmolando su vida total por la llegada del Reino de Dios a este planeta «de los quicios saltados».

Bendito el éxtasis en la obra de Dios, y ¡qué ventura renovarlo día tras días, de Mañinas a Completas! Bendito atardecer en que la vista se hace más profunda hacia lo eterno.

Es ya de noche. La luna y las estrellas alumbran el camino...



ARANTZAZU

Foto de Andrés Eibar

*Arantzazu
Gipuzkoako ikurkoa
Euskalerrriaren altxorra.*

*Egizko argiyaren leioa
Euskal siñismenaren lorea
Pakearen ikurriña
Aloñako arkaitzpean gordea.*

*Datorren lez sorkaldetik
Eguneroko argiya
Aterako da zure ibarretik
Indarrakin egiya.*

*Urbiatik Artiarra zebiltzan
Aizeak abeslari
Eta beingoz ixildu ziran
Aintzatzen amari.*

*Jainkoaren Ama zan lez
Ba zuan Andra arek begiya
Artu zuanean aldaretzat
Ain zoragarri dan mendiya.*